

nº 12

Academia Latina Matritense.

Ortografía sobre las diferencias entre los
Autores del Siglo de Oro y los mejores escritores
latinos modernos, por Juan Manuel Lora y
Lora. — (Latín y castellano)

1832.



+
Disertacion.

Si huviese en mí alguna elegancia, Ex^{mo}. Sr., y si huviera podido adquirirla con algun egercicio en la oratoria, no desconfiaría de manifestaros ser un eloquente observador de la Latinitad. Si se me huviera concedido poseer algun tanto de ingenio, esperaria responderos con acierto á la pregunta, que me hacéis sobre las diferencias mas notables, q^{as}. se hallan entre los autores del siglo de oro, y los mejores escritores latinos de los tiempos modernos. Pero ni elegancia, ni ingenio me asisten; y para que conozcáis que no es mía toda la culpa, espero me permitireis hacer una brebe relacion de mis estudios, y del modo con que los cultivé; aunque no sea propio del asunto.

Apenas tenía diez años quando me presentaron mis mayores á un Preceptor de Latinitad; y no habiendo aun entendido la Syntaxis, ya habia oido la voz de quatro Maestros. Alcancé por fin el quinto, á cuyo paternal cuidado confieso que debo lo poco, que sé, si sé alguna cosa: pues bajo su direccion di principio á la inteligencia de los Autores, y el mismo fué mi Maestro de Retorica; mas envidiosa la fortuna de mi futura felicidad le obligo á salir de este pueblo, antes de perfeccionar la obra principiada. Entonces ni Grammatico, ni Retorico me dediqué al estudio de la Filosofia, y tomé algunas nociones en la Teologia; pero no me agradaban estos estudios, porque no apetecia el ministerio sacerdotal. Habiendolos pues dejádo, procuré cultivar los preceptos, que de mi ultimo Maestro habia recibido, (este fue mi querido P. F. Manuel Amado,) y de que modo, no teniendo una persona á quien preguntar, ni permitendome las mis domesticas obligaciones, habiendo contraído matrimonio? Solo podia elegir uno de estos dos medios:

ò desprendirme del amor à las letras, ò no solo leer, sino apren-
der, y contemplar con todo cuidado los preceptos escritos de
los Maestros, aunque me fuese trabajoso. Por que causa
habia yo de separarme de estos estudios, que dan sus ^{frutos}.
»tento à la juventud, alegría à la vejez, sirven de ador-
»no en los sucesos prosperos, de consuelo en los infortunios;
»delectan en casa, no impiden fuera de ella: transochan
»con nosotros, andan de viage, y en las campiñas en nues-
»tra compañía. Elegi pues el segundo camino, señor,
pero no pude haber todos los libros, que deseaba, à causa
de mi pobreza, ni los que tuve, pude comprender
perfectamente. Si de ellos, no obstante, he adquirido
alguna inteligencia, preciso es que os lo manifieste
en esta disertacion, que por vuestro mandato me
vos precisado à componer.

Nadie ignora que todas las invenciones del hombre
han sido en un principio imperfectas, y no han llegado
a perfeccionarse sino à fuerza de trabajos, y fatigas. La
misma suerte corrieron los idiomas. Todas las lenguas, ya
sean madres, ò ya hijas inventadas por la necesidad, dis-
taron mucho de la perfeccion; mas despues de un largo es-
pacio de tiempo sucediò à la necesidad el gusto, y todas ellas
se llenaron de hermosura. Si huviese yo de escribir la
historia de las lenguas, manifestaria cuidadosamente
cuales son las madres, y cuales las hijas, por quienes
fueron inventadas, quando, y quienes las perfeccionaron;
pero no es esto de mi inspeccion, ni me es lícito hablar
de otra, que de la latina. Esta excelente lengua, dulce,
y abundante, de quien solo usan en el dia la Iglesia,
y los savios, y que debe su invencion à los Romanos, es
Madre de la nuestra, de la Italiana, y otras, siendo ella
hija de la Griega, Celtica, y Cimbrica. Lo mismo que
à las demas sucediò à esta, pues en su principio na-

da tenía hermoso, nada perfecto; mas despues de un largo, y porfiado trabajo llegó à lo sumo de la perfeccion. No parece fuera de proposito; antes bien necesario à la claridad, manifestar que son quatro las edades de la lengua latina llamadas por los saviros, de hierro, bronce, plata, y oro, y que pueden llamarse, nîcimiento, niñez, juventud, y edad viril. En la edad de hierro conoceremos quan obscura estubo la Latinidad si registrâmos la columna rostrada de C. Duilio, los hymnos salivares de Numa Pompilio, y otros escritos de este genero, en que no hay cosa que no sea barbara. La de bronce no manifiesta à Livio Andronico, el primero que huiera conseguido el lauro de los Poetas, si, como Virgilio, huieren observado la velleza de la lengua latina: à aquel de quien Nason escribe, Ennio de gran ingenio, p.^o poco instruido: à Cecilio, llamado por trulio mal autor de la Latinidad, y à otros, que escribieron mejor que los primeros. A la de plata, que consiguió algun tanto de pureza en el adorno de la oracion latina, pertenecen Plauto escritor de comedias, Caton de Agricultura, y Terencio, autor de la comedia titulada, el que se atormenta a si mismo, segun quieren algunos, dando p.^o motivo sus Archaismos; aunque otros al contrario quieren sea colocado en la edad de oro con mas justicia, en mi concepto, segun aquellos de Ciceron: He seguido, no à Cecilio, (pues es mal autor de Latinidad) sino à Terencio, cuyas fabulas se creian escritas p.^o Cayo Selio, por su elegancia. Ya conocisteis quanto aumento hà tenido la Eloquencia en estas tres edades, y de que modo la ultima de ellas hà manifestado la futura perfeccion. Nació pues aquel grande Ciceron, «² hombre celestial en el hablar, «³ y que logró q.^o la posteridad no tomase el nombre de

» Licieron por nombre de hombre, juro de la Elocuencia.
» Sigamos pues a este: sea este el egemplar, que nos propon-
» gamos. Crea haber aprovechado bastante aquel, a quien
» Licieron haya agradado; Nacieron tambien Cornificio,
Aulo Gircio, Salustio Crispo, Velejo, Cornelio Nepote, Quin-
to Lucio, Tito Livio: Virgilio, Principe de los Poetas, Ho-
racio, Ovidio, Catulo, Tibulo, Propertio, y Fedro. Entonces
igualmente florecieron Cornelio Celio, Varro, Colu-
melo, y Vitruvio, todos los cuales se llaman autores del
siglo de oro.

Se ha de notar que este tiempo, llamado del
cesar, duró casi cien años, y fue el que conoció la inte-
gridad, y pureza de la lengua latina, y el que hizo
inmortales a estos, y a los autores que llevo referidos:
todo lo cual podemos conocer de sus escritos, en los cua-
les nada hay que no sea puro, nada que no sea
elegante, y todo digno de admiracion, por qualquiera
parte, que los miraremos. Que puede si no añadirse a las
palabras de Quintiliano, que llevo pronunciadas en ob-
sequio, y gloria de Licieron? El mejor autor de la lengua
latina, y director excelente de los afectos del pueblo Ro-
mano fue "el solo ingenio, que Roma tuvo bajo su im-
perio". Manifiesta con una difusa gravedad de senten-
cias, y magestad de palabras la magnificencia del
estilo sublime en sus oraciones en defensa de Milon,
contra Verres, contra Pison, en la segunda contra
Catilina, en la segunda Filipica, y cuando trata de
la excelencia de las bellas letras en favor de Archias.
Estos son los famosos monumentos de Elocuencia, y Lati-
nidad, que tanto admiran todos los aficionados a las
letras humanas. Que cosa excelente habrá, cuyo egem-
plo se heche allí de menos? Cuantas reglas dan los
Maestros de Grammatica para hablar con pureza,
otras tantas se ven en aquellas oraciones enseñadas
con el egemplo: todas las figuras, que forman una

oracion deleitable, brillan, ni falta una, de las que sirven para inclinar los animos de los oyentes: de tal modo, en fin, estan dispuestas las voces, y frases, que ni puede la oracion ser mas gustosa, ni mas acre, quando es necesario, ni mas apta para expresar las ideas. Pareceme haber leído un autor, que sospecha aventajarse Salustio a Ciceron en la pureza del lenguaje; pero, si así es, creo no lo haya hecho con suficiente motivo, pues tanta dista aquel de este en pureza, quanto nosotros, (permítaneme usar de esta comparacion,) de los Angeles en claridad. Por donde quiera que reflexionemos a Ciceron, lleva delante de si la integridad de la locucion; mas no es tan puro Salustio. Cierta es que sus escritos abundan de hermosura, y que puede llamarse insigne Maestro de la historia.

Precorramos la que escribió, y encontraremos que su estilo conciso es tan templado en figuras, tan excelente en el adorno de la oracion latina, tan manifesto el curso de los tiempos, y lugares, y tan bien ordenado, tan perfectamente dispuestas las circunstancias, que se dirá con justa razon ^{la} medida de la historia. La conjuracion de Catilina contra la Republica nos pone a la vista todas estas preciosas qualidades: y si a esta falta algo, no carecerá de ello la guerra de Jugurta, en donde se manifiesta un perfecto enumerador de los sucesos, y del tiempo en que acaecieron. Quien no admirará en el principio de la primera obra aquella gravedad de sentencias? Quien no alabará la Etopaya, que de Catilina hace en el cap. quinto? Quien no la descripcion de las costumbres de Roma contenida en los ocho siguientes? Quien finalmente no celebrará la elegancia con que describe los intentos de Catilina cabeza de la conjuracion, y el cuidado del Padre de la Patria? En la de Jugurta

todos conocen aquellos tan esclarecidos ejemplos de construcción invertida, (en donde consiste casi toda la velleza de la lengua latina,) y aquellas transiciones tan naturales, y nacidas de las mismas cosas. Pero la Latinitad está llena de Archaismos, cubierta de locuciones puramente griegas, sembrada de algunas Metáforas duras: por cuya razón, si Marcial le dió el nombre de Príncipe de la historia, no creo debe juzgarse lo hizo extendiendo al lenguaje latino, sino á aquellas cualidades de que llevo hecha mención: por tanto, me atrevo á decir de Licéron comparado con este, y con los demas autores, lo que de Roma canto Virgilio, mudando solo tres palabras =

Se debía sobre todo este tanto,
Cuanto sobre la mimbre que se dobla
Lebantan los cipreses su cogolla.

Sea pues Fulio el Príncipe de la Elegancia latina, y reine Livio el primero despues de Licéron, de cuya vida si se desea la historia, no podemos hechar menos un documento del lenguaje pulcro, que poseyo. Por cierto se ha de tener que la historia de los sucesos occaecidos desde la fundación de Roma hasta la muerte de Druso, la que comprendió en ciento cuarenta libros, de los cuales no nos han quedado mas que treinta, y cinco, le mereció un nombre inmortal. Dicen que un Español movido de la hermosura de tan grande obra, y llevado del deseo de visitar á un hombre de tan excelente ingenio, fue á Roma: cuyo hecho merece ser tenido á bien, pues conoció al Maestro de la historia, y á un autor de la mas pura Latinitad. Solo he visto la quarta decada entera, y la mitad de la quinta, y no siento cansados los ojos de leer, quando el alma yace llena de contem-

plax tantas frases, y terminos propios; pero no cansado: no he hallado el estilo sucinto de Salustio, sino el brillante de Licieron; aunque no tan lleno de insignes figuras: pues Livio solamente exiende; Tulio tambien mueve. Por ultimo: solo 1.^{to} Tomàs estorbaba à cierto herege para disipar la Ygllesia: pero à mi solo Licieron para dar à este el Principado de la locucion latina.

Ni es menos digno de ser celebrado Tulio Cesar varon insigne en la integridad, y pureza del lenguaje, quien habiendo escrito unos comentarios de sus hazañas, se hace acreedor à que le alabe la posteridad: por cuya recomendacion serán suficientes aquellas palabras de Tulio: "Tambien escribí unos comentarios ^{in Plot}" de sus hechos, muy dignos à la verdad de ser aprobados, y otras que siguen. Ni se ha de presumir que fueron muy inferiores à estos Cornelio Nepote, y Quinto Lucio. Del mismo modo se ha de tener entendido que floreció entre los Poetas la Elegancia de la Latinidad: pues Virgilio se hace conocer un autor muy habil de la lengua latina en aquella immortal Eneida, que por ser obra no concluida, mandó entregar à las llamas, estando proximo à morir. Aquella propiedad de palabras casi nacida con él, aquel enlace tan maravilloso de sentencias, y por ultimo, aquella integridad del lenguaje no fueron dignas de la muerte que las preparaba. Conociendo esto Augusto, no permitio, que se privase à la posteridad de una obra de tanto ingenio, y que tanta gloria dà à los latinos. Con justissima razon le dan los savios el nombre de Principe de los Poetas, habiendo escedido à todos, como Licieron à los oradores; y si careció de la alabanza de Homero p.^o ser autor este del poema Epico, goza no obstan-

te de una muy singular, por haberle imitado
muy bien. En todo lo fingió todo; pero de un modo admi-
rable: describiendo à su fingido Heroe "icanta Maron, arre-^{1. Iene.}
" batado de un divino furor, un verso saludable,"^{2. en donde} ^{3. de un.}
concurren muchas cosas, que deben aprender los Padres, y
los hijos, los maridos, y las mugeres, los Emperadores, y
los soldados. Virgilio en fin "à quien ningun error de doc-^{3. Max.}
trina envileció," contiene en su Eneida "todo lo que perte-^{4. de la and.}
nece à la naturaleza, y virtud. Ni dista mucho de él
Horacio, pues tambien aconseja cosas saludables en todos
sus escritos, los cuales, aunque poeticos, deben tambien
llamarse filosoficos: poseyó perfectamente la lengua
latina, y usó maravillosamente las figuras: manifies-
ta frases muy bien combinadas tanto en sus Epistolas,
como en sus Odas, y Satiras, deleitando en ellas, al paso
que ensièna, y corrige, lo que hizo mirar claramente q.
Virgilio, como manifiestan los precitados escritos. Que
diré por fin del incomparable motor de los afectos Ovidio,
quien adornado de un ingenio casi divino para mo-
ver, agudo para pensar, y fértil para expresarse, no
dejó cosa que deseare de elegancia? Que construc-
ciones purísimas, y elegantísimas hay, que no haya
manifestado? Como inspirado de un numen divino
colocaba palabras llenas de tristezas en las cosas tristes,
y en la alegría llenas de placer: las mismas dicciones
parece que manifiestan su dolor quando llora de tal
suerte, que juzgo no leyere el leer sus escritos, pues
de haberlos visto, como no le huviera perdonado? Yo
me siento verdaderamente tan conmovido con ellos,
que mis ojos parece quieren dár riendas al llanto.
Ni causan à mi espíritu menor admiracion los
quinze libros de las transformaciones, viendome obli-

gado à contemplar tantas maravillas como encier-
 ran: cualquiera que los haya visto con cuidado, no
 separará su dictamen de el mio; antes bien tendrá
 por poco lo que digo, como tambien lo que he celebra-
 do de los anteriores. Pero para que no nos parezca
 cosa muy admirable, que los referidos autores hablasen
 tan limpiamente la lengua latina, justo es advertir,
 que por naturaleza la poseyeron, y con el estudio lo
 perfeccionaron, sin verie obligados à imitar à otros; inió
 a corregirlos, y enmendarlos. Y en esto me parece se diferen-
 cian principalmente de nuestros escritores: estos pues fueron
 solamente conservadores de la lengua, que aquellos inven-
 taron, y para hablarla con pureza debieron no solo leerlos,
 sino tambien imitarlos: del mismo modo que un argui-
 tecto, para fabricar una casa, que abunde en firmeza,
 y adorno, debe consultar à los primeros Maestros de firma,
 y bella Arquitectura. No es esta la sola diferencia que
 se halla entre ellos, siendo como cabeza de las demas.

Todos saben que a cualquiera es licito, para perfec-
 cionar alguna obra que ha inventado, elegir todo lo que
 à este efecto le sea necesario: y que puede usar de la mis-
 ma facultad uno, que deseando regalar à otro un ramo
 de preciosas flores, entra en un jardín hermoso, en donde
 puede tomar esta, dejar aquella, y si alguna falta, sem-
 brarlo; pero no tiene esta misma facultad, el que desea
 componer otro ramo, ó hacer otra obra semejante à los an-
 teriores. Pues está obligado à tomar los mismos instru-
 mentos que el primero, y elegir las mismas flores que
 el segundo: del mismo modo los autores de la edad de oro
 escogieron las palabras, que eran utiles à la lengua lati-
 na, descendientes de cualquiera otra, y si les agrado, las
 variaron. Facilmente se confirma esto, considerando
 lo que digo al principio sobre la composicion de la len-
 gua latina: y por esta causa no temieron introducir



en el lenguaje latino muchas palabras griegas, otras celtas, otras umbricas; como que de todas tomaban lo que pudiese perfeccionar la suya favorita. Cada cual podia fingir palabras significativas de la materia, que trataba: y por eso unas eran inventadas por los Oradores, otras por los historiadores, otras por los Poetas, otras por los escritores de Medicina, y Arquitectura, y cada uno coordinaba las voces de distinto modo. No tuvieron este privilegio nuestros latinos escritores descosos de conservar la integridad del lenguaje: pues estuvieron obligados a usar, y hechar mano de las voces usadas por los primeros, y su enlace, ni podian escribirlas, ni pronunciarlas de distinto modo que ellos; de otra suerte, hubieran cometido los vicios que con el nombre de Barbarismo, y Solecismo se conocen, y procurando imitar à los auctores del siglo de oro, se hubieran separado totalmente de su pureza, como sucedió à Lymaco, Capela, y Sydonio Apolinax, que escribieron en la decadencia de la lengua latina. No así aquel Francisco Sanchez de Brozas, à quien D.^o Gregorio Mayans, y Siscar llama en la censura sobre los Dialogos de Luis Vives Principe de los Grammaticos: el qual, si, como algunos quieren, no enseñó exactamente todos los preceptos, principalmente quando habla de los verbos neutros, y del genitivo de posesion, y de otras cosas, conoció la virtud de la lengua latina, y la habló con propiedad. Aunque usó de estilo humilde qual conviene al que enseña à la juventud; ciertamente observó la elegancia del lenguaje. Su Minerva brilla por la admirable colocacion de las palabras: en donde si hay defectos de entendimiento, como con mucha gracia demuestra el P. Vargas en el libro, que titula Juicio sobre la Minerva de Fran.^o M.^o Brocense; no creo que los haya de Latinitad, pues debe llamarse excelente conservador suyo. Mas no debe compararse

con aquel insigne discípulo de la Universidad de Alca-
 lá, hallándose, me parece, mas pureza en Antonio de
 Nebrixa, (de este hablo,) que en Brocense; aunque
 cada uno puede llamarse otro segundo autor del idio-
 ma latino: y si en la Latinitad no se diferencian,
 en la doctrina nó poco, siendo en algunas cosas total-
 mente contrarios. Busca Antonio el origen, construc-
 cion, pronunciacion, y escritura de las dicciones lati-
 nas, y cuando dá reglas, enseña à hablar rectamente
 en latin mas con el exemplo, que con preceptos, y de-
 muestra ser estas las quatro partes de la Gramma-
 tica, Ethimologia, Syntaxis, Prosodia, y Ortografia;
 repueva tambien semejante division. Afirma An-
 tonio que son ocho las partes de la oracion; aprue-
 ba tambien la opinion de que solo son tres: por últi-
 mo, se diferencian en otras muchas cosas. Cultivémos
 pues nosotros aquellas instituciones de la lengua la-
 tina, que Nebrixa escribió: ni nos parezca admira-
 ble que las sacase tan acabadas, habiendo oido con
 cuidado à los mejores Maestros, tanto en España, co-
 mo en Italia, à donde, impelido del deseo de poseer la
 limpia Latinitad, hizo viage: oyó la voz de estos, leyó
 à los autores, de quienes sacó los preceptos, y de aque-
 llos la disposicion, y escribió un arte de Grammatica,
 si nó muy perfecto, al menos entero, del cual saca-
 ron casi toda la doctrina los que despues de él escri-
 bieron, como de una fuente. En verdad que todo amante
 de la humanidad admirará el bello modo de hablar,
 el orden en enseñar las reglas, su claridad, y disposi-
 cion. Tambien el P. Vargas, de quien hace poco hice men-
 cion manifiesta haber sido un excelente observa-
 dor de los autores del siglo de oro, en su Grammatica.

Ilustrada, en donde brilla especialmente la claridad, el orden invertido, y una cuidadosa propiedad. Esta es la Grammatica mas filosofica, que he hallado: y la que debe leer todo aficionado a la lengua latina, por la pureza de la locucion, por la solidez, y orden de los preceptos.

No debe con justicia ser privado del fruto de esta alabanza el insigne escritor Heinecio, en cuyos fundamentos del estilo mas culto hallarà un gran exemplar de pureza, el que sepa bien en que consiste principalmente el gusto latino: la propiedad en los terminos, su abundancia, y la perfecta disposicion hace gustoso el lenguaje, que disfruta de un estilo simple, y hace dulces con la elegancia los preceptos, que parecerian duros, estando desnudos de adorno. Macienco en fin dà una prueba de su doctrina, que en verdad es grande, y de la hermosura de la locucion, que es sin disputa grandisima en sus reflexiones sobre la Eneida de Virgilio. Todos los cuales, y otros muchos parece que pudieron imitar la elegancia, y procuraron que no se perdiese del todo la lengua latina: entre quienes Luis Sives, autor de los Dialogos titulados, Ejercicio de la lengua latina, manifiesta à los discipulos, para cuya utilidad escribió, la hermosura, y pureza, una gran abundancia de terminos, y esclarecidos exemplos de frases elegantes. Es cosa casi increíble, que despues de la perdida de la lengua latina existiese uno, que uniese con vinculo indisoluble la pureza, claridad, gusto, doctrina, y belleza, cosa que consiguió Sives en precitados Dialogos. No se hallaràn aquellos tan grandes, y magnificos exemplos de estilo sublime, que contienen las anunciadas oraciones de Ciceron, y los libros primero, cuarto, y sexto de la

Eneida; pero si construcciones invertidas, no muy inferiores a las de Licéron, y maravillosa propiedad. Si el caracter de sus escritos ha sido en otras ocasiones duro, no así en esta obra, pues llevó ante sí la sencillez, y belleza. Agradó pues en ella á los sabios de su tiempo, y de los siglos venideros, habiendo sido ciertamente llamado el sabio, de edad de veinte, y siete años: pues dice Erasmo escribiendo á un amigo. "Nuestro lives de tal modo se exercita en las bellas letras, que apenas hallo en este tiempo otro, con quien compararle." Por que motivo, preguntará quien quisiere, los sobre dichos escritores, y otros que omito se hacen dignos del lauro de tanta recomendacion? A quien se responderá, que por haberles agradado Licéron, por haberles agradado Livio, por haberles agradado todos los Autores del siglo de oro: por que los imitaron, por que de ellos tomaron las palabras, las frases, y todo el enlace de la oracion: finalmente, por que escribieron segun sus reglas, y fundados en su autoridad. Podremos acaso comparar á los nuestros con los antiguos? nos será permitido hacerlos semejantes á ellos? se halla en estos la misma elegancia? De ningun modo, y en lo que sigue conoceremos la causa.

Aquella felicidad del idioma latino, que hace poco referimos, hará para siempre memorables á sus Autores, y á Julio Cesar Patrono de las letras: aunque poco despues cayó sepultada de repente, ni despues de el asesinato del Cesar se pronunciaba con tanto primor: antes bien, no habiendo quietud, tan necesaria para estudiar, ni coronas, dignos premios de los hombres im-

truidos, ni emulacion, que tanto poder tiene en las ciencias; antes al contrario habiendo principiado a experimentar grandissima perdida la Eloquencia en la muerte cruel de su Padre, comenzo a inclinarse al ocaso con precipitado giro. Habiendo los Brutos asesinado à Cesar en la Curia, levantaron la cabeza los ambiciosos del Imperio del mundo: los partidos, y envidias de aqui originadas comenzaron à alterar la paz de Roma. Estorvaba licieron à los que deseaban reinar, y es presentada al fiero Triumvirato su cabeza, y mano derecha, que fueron cortadas cuando huia: y la lengua que habia conserbado la vida de tantos Ciudadanos, es punzada con un alfiler. Ved aqui el primer tiro dirigido contra la belleza latina, y que en adelante no pudo ser remediado, quando Livio dejó de referir la historia Romana, quando Cornelio Nepote puso fin à las vidas de los excelentes Emperadores, quando en fin todos los demas callaron. En las tempestades que a la muerte del Cesar siguieron, cayeron sobre el Imperio los Galos, Barbaros, Godos, y otros pueblos, y a su ruina cedió la Latinitad, hallandose en medio de tantas otras lenguas, y dio nombre à la Italiana, Española, Francesa, y Portuguesa. Desapareció pueftan noble, dulce, y elegante propiedad latina hasta aquellos tiempos, en que, tranquilizadas ya en algun modo las cosas, aparecieron hombres estudiosos, que sacando de las ruinas los escritos, procuraron cultivar la lengua muerta, deseosos de darla su antigua forma, empresa que no pudieron conseguir, aunque algunos escribieron bellinamente como dije antes. No pudieron nuestros escritores imitar aquella natural gracia, aquella casi nativa belleza, tan hermosa

colocacion de palabras, tan aguda invencion de sentencias, voces tan varoniles para mover, tan delectables para enseñar, tan bien ordenadas para delectar, y en fin tan compuesta la oracion, que parecia natural, no adquirida: ^{en} algo se debe diferenciar el Maestro de los discipulos.

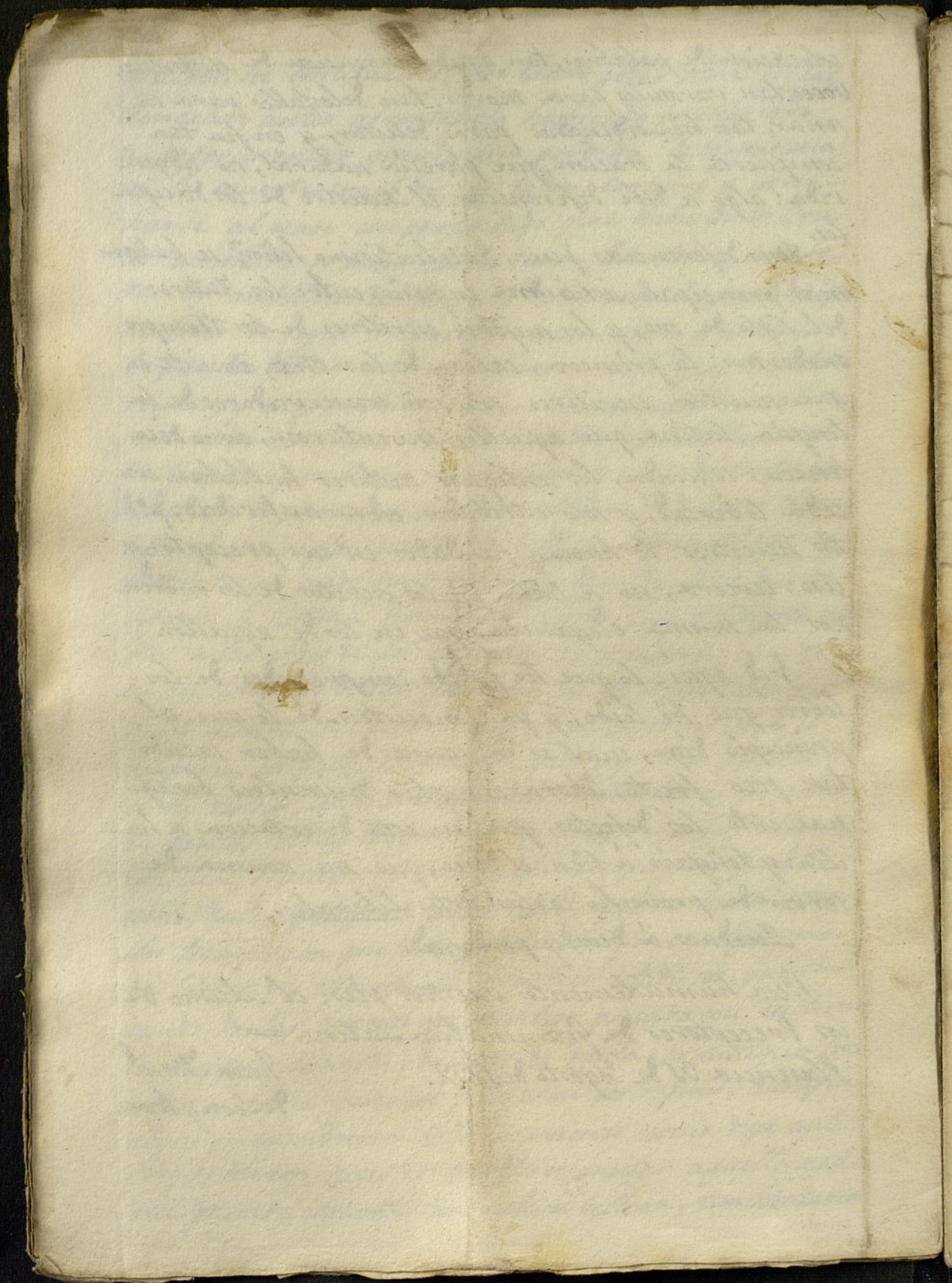
Tres diferencias pues, Excelentísimo Señor, se hallan mas principales, si no me engaño, entre los Autores del siglo de oro, y los mejores escritores de los tiempos modernos: la primera, cabeza de las otras, consiste en que nuestros escritores solo son conservadores de la lengua latina, que aquellos inventaron, como dice Seneca: segunda, los antiguos autores hablaban con toda libertad, y solo estribados en su autoridad; p.^o los nuestros lo hacian fundados en sus preceptos, y uso: tercera, no se halla en los escritos de los modernos la misma elegancia, que en los de aquellos.

ved aqui, lo que he podido comprender de los libros que he leído, y ya conocisteis, de lo que al principio dije, qual es la causa de haber sacado tan poco fruto. Ahora os suplico disimuleis benignamente los defectos, que en esta disertacion se hallen: y tengais à bien el deseo, que me anima de servir de provecho a las Artes Liberales.

Quedaos à Dios, y perdonad.

Vera humildemente vuestros pies, el ultimo de los Preceptores de Grammatica Latina =
 Plasencia 31 de Agosto de 1832.

Juan Manuel
 de Leon y Torres.



A
Dissertatio.

Si quid esset in me facundia, Ex me. Domine, et illi-
qua dicendi exercitatione illam adquirere potuissem, me
vobis divertam Latinitatis cultorem non desperarem praeber.

Si aliquid ingenii possidere mihi datum esset, me vobis
interrogantibus de praecipuis inter aurei saeculi Auctores,
nostaque aetatis optimos Latinos Scriptores discriminibus pro-
be respondere confiderem. sed neque facundia, neque inge-
nium inest: utque mea non omnino causa factum fuisse intel-
ligatis, breviter narrare, quae, quaeque modo studia fui per-
sequutus per vos mihi licet, à re licet alienum.

Quingue vix geminaveram annos, cum ad lati-
nae Grammaticae Praeceptorem a meis fui ductus majoribus:
nec secundam artis partem perceperam, jamque quatuor
audieram Magistros. Nactus denique alterum fui, cujus
paterne curae quodcumque, siquid est in me disciplinae,
debere confiteor: nam sub hujus ducere ductu cepi la-
tinorum auctorum facundiam intelligere, idemque ad
Historiae studium ingrediendum mihi Princeps extitit;
illum vero ex hac exire urbe coegit invidia mea fu-
turae felicitatis fortuna ante, quam inceptum opus
perficeret. Tunc enim neque Grammaticus, neque Praetor
in Philosophiae disciplinam incubui, atque Theologiam
attigi; quae non placebant, quia sacerdotale oderam mu-
nus. His ergo relictis, quae à postremo acceperam pro-
cepta, (hic fuit meus carissimus Magister P. Emanuel Ama-
do) excolenda curavi: quovis modo? cum nec ulla inveni-

retur persona, quam interrogare possem, nec mea pa-
tiebatur domestica cura, uim uxorem duxissem. Quid
igitur factu opus est? Duplex tantum via manebat:
vel litterarum amor linguendus, vel etiam summus labor
sit, Magistrorum precepta scripta non leger modo, sed
ediscere, et sedulo contemplari debeo. Quanam mihi ra-
tione auertendum ab his studiis, quae ad adolescentiam a-^{1. sub.}
lunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, aduersis
perfrugium, ac solatium praebent: delectant domi, non im-
pediunt foris: pernoctant nobiscum, peregrinantur, rus-
tificantur? Secundum ergo iter summi, domine; non uero
omnes, quos concupivi libros pro rei familiaris inopia
habui: nec, qui fuere, intelligere penitus potui.

Si ex illis nihilominus aliquantum doctrinae haus-
si, totam uobis ostendam necesse est in hac, quam iussu
uestro compingere cogor disertatione.

Omnia, quae ab hominis inventa originem ducunt,
imperfecta fuisse initio, magnaque ipsorum labore ad
perfectionis postea gradum pervenisse cunctis liquet. Hoc
etiam linguis accidit. Cuncta sive matres, sive filiae neces-
sitate inventa quam longinime a perfectione distarunt,
magno uero temporis spatii necessitati succedit voluptas, et
omnes leporibus impleta fuerunt. Si linguarum historia
mihi nunc scribenda esset, quae sint matres, quae uel fi-
liae accurate, a quibusque inventa, quando, et qui per-
fecerunt, viros demonstrarem; non uero nostrum est o-
mnis, nec de alia, nisi de Latina loqui debeo. Haec pres-
tans lingua, dulcis, et copiosa ab Ecclesia tantum, et a
Sapientibus hodie uisitata, quamque Romani omnino

2.
invenere, Italicam, nostram, et alias genuit, cum a Graeca
Celtica, Umbrica alterisque componatur. Idem, quod cete-
ris huic contigit: nasci enim caetero pessime loquebatur,
nihil pulcrum, nihil perfectum erat; postea verum asi-
duo labore, diutina contentione ad pulcritudinis, atque
facundiae summum venit. Non a re alienum; quin
potius perspicuitati necessarium videtur, quatuor Latina
linguae tempora esse edocere, quae ferream, aeneam, ar-
genteam, et auream a sapientibus vocantur, quaeque
dici possunt ortus, pueritia, adolescentia, et aetas virilis.
In ferrea noscitur aetate quam obscura steterit Latinitas,
si leges duodecim tabularum, Caji Duillii Columnam, Nu-
mi Pompilii Salvares Hymnos, aliaque id genus scripta, in
quibus nihil non barbarum apparet, inspiciamus.
Aenea praebet aetas nobis Livium Andronicum, cui lau-
rea Poetarum primam fuisse, si, ut Virgilius, Latini
sermonis decus servasset: illum, de quo Naso scribit, En-
nium ingenio maximum, arte rudem: Caecilium, ma-
lum Latinitatis auctorem a Fallio dictum, et alios, qui
purius, quam primi Latine scribere. Argentea puri-
tatis aliquantum in sermonis Latini ornatu aequiva-
ta Plautum tenet Comediarum scriptorem, Caetorem,
qui de rusticis opus edidit, et, ut quibusdam ob illius
archaismos, ^{phaety} Terentium Comediae Praeauthontimorum non
dicta auctorem; secus quamvis nonnullis visum fuit,
iure, mea sententia, optimo ob illud Ciceronis dictum,
"secutus sum, non dico Caecilium, (malus enim auctor
"Latinitatis est), sed Terentium, cuius fabellae prop-
"ter elegantiam putabantur a C. Laelio scribi, in aureo

saeculo collocari debere. Hinc tribus statibus, quantum
latino facundia creverit cognovisti: quoque modo
harum postrema futuram ostenderit perfectionem.

Natus ergo fuit magnus ille Cicero, "caelestis in ¹ hab.
"dicendo vir, quique apud posteros id consecutus est, ut li-
"cero jam non hominis nomen, sed eloquentiae habeatur.
"Hunc igitur spectemus: hoc propositum sit exemplum.
"Ille se proficere sciat, cui Cicero vixit placuerit."

Nati sunt etiam Cornificius, Julius Caesar, Aulus Hirtius,
Sallustius Crispus, Vellejus, Cornelius Nepos, Quintus Cur-
tius, Titus Livius: Virgilius, qui Poetarum Princeps existit,
Horatius, Ovidius, Catullus, Tibullus, Propertius, et The-
drus. Floruerunt tum Cornelius Celsus, Varro, Collumella,
et Vitruvius, qui omnes aurei saeculi auctores nominan-
tur. Hoc tempus Caesaris vulgo nuncupatum annorum fer-
me centum fuisse existimandum est, quod latini ser-
monis facundiam, et integritatem novit, quod omnibus,
quos enunciasi, auctoribus, latinoque facundia immor-
talitatem donavit: quae cuncta nobis ex illorum scrip-
tis cognoscere licet, in quibus nihil non venustum,
nihil non purum, nihil demum non mirabile,
quacumque ex parte illos aspiciamus apparet.

Quid ni ad ea, quae Quintilianus verba protuli, ad-
di potest ad laudem, et talis gloriam? Optimus lati-
ni sermonis auctor, populique Romani affectuum duc-
tor egregius fuit "Ingenium, quod solum Populus Ro- ² Senac.
"manus suo imperio habuit". In suis pro Milone, in Ver-
rem, in Pisonem, secunda Catilinario, secunda Philippi-
ca orationibus, et de litterarum commendatione pro
Archia agens sublimis stili magnificentiam ostendit

ampla sententiarum gravitate, et majestate verborum.
 Hæc sunt dilucida, quæ tantoperè cuncti humaniorum
 litterarum studiosi mirantur faciundia, ac linguæ la-
 tine monumenta. Cujus rei splendida exemplar deside-
 ratur? Quas in artis Grammaticæ Magistris ad puri-
 ter loquendum regulas animadvertimus, in eis tradi-
 tas exemplis perspicimus omnes: cuncta, quibus jucun-
 da rebit oratio figuris, in ipsis elucent, nec ad audito-
 rum animos flectendos quodam deficiunt schemata:
 tali modo igitur verborum, et phrasium disposita
 collocatio, ut nec jucundior, nec acrior, diu opus est,
 nec ad mentis imagines exprimendas aptior existere
 possit. Videor legisse auctorem, qui Sallustium sermonis
 latini puritate Ciceroni præstare suspicetur; non ve-
 rò justâ causâ hoc fecisse opinor, tantum enim ab eo
 differ puritate, quantum nos, (liceat hujusmodi uti
 comparatione), ab Angeli claritate. Quacumque sub
 parte Ciceronem intueamur, sermonis integritatem
 præferat; Sallustius verò non ita purus existit. Len-
 tum eadem est, pulchritudine sua scripta abundan-
 re, eximiumque Historiæ Magistrum dici posse.

Historiam ab eo scriptam diligenter percurramus,
 et ipsius Laconicum stilum ita figuris temperatum,
 latineque locutionis ornata sic excellentem invenie-
 mus, tam perspicuum, tam ordinatum loci, ac tempo-
 ris cursum, tam pulchrè dispositas circumstantias
 cognoscere nobis licebit, ut optimè Historiæ mensu-
 ram implevisse dicatur. Hæc omnia nobis ante oculos
 ponit Catilina in Kemp. conjuratio: sique quidquam



286.

illi deest, non deerit bello Jugurthino, ubi casuum, ac
temporis, quo exenerunt, optimum sese ostendit enu-
meratorem. Quis in primis operis principio non mi-
rabatur illam sententiarum gravitatem? quis non
Catilinæ Stropæjam in quinto capite contentam? quis
non morum Civitatis descriptionem in octo sequen-
tibus? quis demum in aliis facundiam, qua ipsius
conjuratorum capitis consilia, Patriæque Parentis cu-
ram describit? In Jugurthino nemo non videt illa cons-
tructionis tranjecta exempla tam dilucida (ubi omnis
ferè latini sermonis pulchritudo nititur), et illos tam
naturales, tamque a rebus ortas transitiones. Latini-
tatis verò archaismis plena, graeci cooperta locutio-
nibus, aliquibus metaphoris durioribus seminata ap-
paret: quare si Martialis historicæ Principis nomen
tribuit, non Latinitatis causa fecisse existimandum
puto; sed illarum quas supra commemoravi dotes: quam-
obrem tam huic, quam alii comparato, quod de Roma
cecinit Virgilius, de Licerone dicere audeo tribus solum
verbis imitari ---

Verum hic tantam alios inter cepit extulit auctor,
Quantum lenta solent inter viburna cupressi.
Sic ergo Julius Latinitatis facundia Princeps, regnetque
primus a Licerone Livius, cujus si vita fama deside-
ratur, non cupere pulchre, quam obtinuit, latine locutio-
nis documentum possumus. Perum notitiam ab Roma
orta ad Drusi usque interitum, quam centum qua-
draginta conscripsit libris, quorumque non quin-
que, et triginta amplius ad nos pervenere, immorta-
le sibi meruisse nomen pro certo habendum. Quidam
dicitur Hispanus tantæ operis pulchritudine motus,

6.
tamque insigne vivendi ingenium ductus studio Romam
vivere: quod boni nobis est factum consulendum, novit
enim historia Magistrum, ac integerrime Latinitatis
auctorem. Quartam totam, et quintam decadis dimidium
vidi tantum, nec lectione saturatos oculos sentio,
dum contemplatione mea jacet anima referta tot,
tamque multarum phrasium, atque propriarum dic-
tionum, sed non fasa: non ibi Laconicum Sallustii
stilum reperi, sed sublimem Ciceronis, licet non tam
insignibus fulgentem figuris; Livius enim docet,
Fulius etiam movet. Unus, denique, Thomas quidam
obstabat heretico, ut Ecclesiam dissiparet, mihi vero
Cicero, ut sermonis Latini Principatum isti Tribuam.

Nec minus Sulum Casarem canere debemus vi-
rum integritate, atque munditia insignem, qui cum
verum a se gestarum commentarios scripserit, poste-
ritatis laude dignus efficitur: pro cuius commendatio-
ne satis erunt illa Ciceronis verba. "Etiam commen-^{in libro}
tarios quosdam scripsit rerum suarum vultu quidem
„probandos,“ et alia quae sequuntur. Cornelium denique
Nepotem, Quintum Curtium non superioribus multo
inferiores extitisse credendum. Eodem sciendum modo
apud Poetas Latinitatis venustatem effloruisse: nam
Virgilius sua insigni *Aeneide*, quam morti finiti-
mus flammis tradi jussit, quia opus imperfectum erat,
Latine orationis peritissimus auctor agnoscitur. Illa
verborum ^{pene} nato cum illo proprietate, ille sententia-
rum nexus tam mirificus, illa tandem Latini ser-
monis integritas fortuna ab ipso parata digna

non fuerit: nascens hoc Augustus futura tam mag-
ni ingenii opere privari saecula non passus, quod
adeo gloriam Latinis attulit magnam. Sane opti-
mo quidem vatum Principis nomen a sapientibus
tribuitur ipsi, cum omnes, non secus ac Helius ora-
tores, superavit: sique Maonidis laude poematis Epici
auctoris caruit, maxima nihilominus fungitur, quae
pulcherrime illum fuerit imitatus. In omnibus omnia
finxit, modo vero mirabili: suum fictum hexa de-
pingens "divino furore instinctus" Maro salutare car-¹ Senec.
"men carit," in eo² multo, quae patribus, et filiis, ma-² Don.
ritis, et uxoribus, Imperatoribus, et militibus discenda,
occurrunt. Virgilius demicem, "quem nullius unquam ² Macrob.
"disciplinæ error inlicit," quae ad naturam, atque vir-² Land.
tutem spectant, sua Eneyde continet. Neque ab eo mul-
tum Horatius distat, etenim salutaria etiam monet
in omnibus suis scriptis, quae licet poetica, philosophi-
ca etiam dici debent: culte latinitatem tenuit, et
mirifice usus schematibus: rectissime compactas
phrases praebet tam in Epistolis, quam in Odis, et
Satyris, in quibus mirum in modum delectando
docet, ac corrigit, quod clarius, quam Virgilius,
fecit, ut praedicta demonstrabunt scripta.

Quid demicem de incomparabili animi affectuum
motore Ovidio, qui prope divino ad movendum
ingenio praeditus, ad cogitandum acuta, ad expri-
mendum fertili nequid fecundia desiderandum
reliquit? Quas non obtendit purissimas, atque

venustissimas construcciones? Supero quavis quodam
 numine afflatus tristibus maesta, ludentibus lasciva
 naturaliter exhibet: verba ipsa ostendere flentis do-
 lorem ita videntur, ut Casarem sua non legisse
 scripta opiner; si enim legisset, quomodo veniam
 ei non tribuisset? Ego vere ^{sentio} ipse ita moveri scrip-
 tis, ut gutta ex oculis labi ueret meis. Nec minima ex
 quindecim mutata forma voluminibus spiritibus incum-
 bit admiratio, cum contemplari cogar tot, quot ipsis mi-
 rabilia sunt: quicumque illa sedulo viderit, non a meâ
 suam removebit sententiam, ut opinor; quin potius,
 quae dixi, minima putabit, sicut et de superioribus
 dicta parva ducet. Sed ne cui nostram mirum esse
 videatur ita palere, quos enuntiavi auctores, lin-
 guam loqui latinam, animadvertere fas est na-
 turam eam possidere, ac studio perfecisse, non alios
 imitari, sed corrigere, ac emendare coactos. In quo
 quidem maxime a nostris scriptoribus differre viden-
 tur: hi namque illius, quam praedicti linguam
 invenerunt, custodes solum extitere: ad recteque il-
 lam loquendum eos non legere tantum, sed imitari
 etiam debuerunt: non secus ac artifex in aedibus,
 quae omni firmitate abundant, omnique ornatu, fa-
 ciendis primos consulere, qui firmiter, atque pulchri-
 edes instituerint, tenetur. Neque id tantum esse nos-
 tros inter, et illos discrimen persuasum cuique sit,
 hoc etenim velut aliorum caput credendum.

Nemo nescit cuilibet quoddam opus invenienti
necessaria ad illud inventum perficiendum esco-
gitare licere: eademque licentia penitus uti posse,
qui ramum ex pulcherrimis compositum floribus
alteris offerre vultens, festivum illis hortum ingre-
ditur, ubi hunc ponere, illum sumere, quinque non
sunt seminare valet; non verò eodem frui jure,
qui alium ramum, aliudve opus superioribus si-
militate facere cupit. Nam eadem a primo invento, eos-
dem a secundo captos omnino legere tenetur: similiter
nunc: aurei auctores sacculi omnia a quacumque
orto tingunt, quae latine utilia viderentur, accipere
verba, sique placuit, mutare. Facillimè probatur
hoc, dummodo quae supra de latine linguae compositione
dixi, expendatis: haecque ratione quamplurimas voces
graeas alias celticas, umbricas nonnullas, utpote in
cunctis optima summentes sed carissimè linguae
ornatus faventia, in sermonem infarcire latinum
non metuere. Quilibet materia, quam pertracta-
bat, verba significativa fingere valebat: ideoque
alia Oratores, alia Historici, alia Poetae, Medicine,
reique rusticae ^{scriptores} alia a se inventa, et excogitata
tenebant, verborum alter cuique erat nexus.
Sed non verò licuit hoc scriptoribus latini ser-
monis integritatem retinere cupientibus: a
prioribus namque usitatae voces, ac illarum
ductum usurpare, sicut coacti, neque aliter

6.
ac illi scribere eas, nec pronuntiare poterant;
alias vicia incidissent, quae Barbarismus, et Solle-
cimus vocantur, et aures auctores imitari vo-
lentes ab ipsorum puritate penitus abhorruissent,
quemadmodum abhorruerunt Symmachus, Lepella,
et Sidonius Apollinaris in decrescente latina lingua
state scribentes. Non ita ille Franciscus Sanctius
Brocensis, qui Grammaticorum Princeps a Domino Gre-
gorio Mayans et Siscar in suo de Ludovici Rives Dia-
logis censurâ dicitur: qui, si, ut quibusdam placet, non
omnia rectè latini sermonis præcepta tradidit, præsen-
tim de verbis neutri, deque possessionis genitivo, et
aliis agens, ipsius latine orationis vim novit, ac ejus
propriètatem tenuit. Humili quamvis stilo usus, qua-
lis juvenam docentem decet; certè quidem latine
linguae venustatem custodivit. Mirabili quadam
verborum collocatione micat Minerva sua, ubi si
vitia intellectus fuerint, ut in Anti Brocensis
Crisis libro lepidissime demonstrat P. Vaug. verò non
Latinitatis: optimus enim custos dici debet. Non
tamen illi Complutensis Academia conferendus dis-
cipulo, cum plus in Antonio Nebricensi, de eolo-
quor, puritatis, quam in Brocensi videatur in-
veniri; uterque quamvis dignè egregius latine
custos linguae vocari debeat: sique non in latini-
tate differunt, in doctrina non parùm, cum in

aliquibus contrarii penitus existant. Latinarum
dictionum originem, Constructionem, Pronuntiationem,
et Scripturam quærit iste, dumque regulas tradit, exem-
plo potius quam præceptis rectè loqui latine docet, ac
illas esse grammaticæ partes, Etymologiam scilicet,
Syntaxim, Prosodiam, et orthographiam demonstrat;
reprobat ille huiusmodi grammaticæ divisionem. As-
serit Antonius octo esse orationis partes; approbat
Santius illam tres esse tantum affirmantem: in-
quamplurimis aliis postremo differunt. Colamus er-
go nos eas latine lingue, quas condidit Antonius
institutiones, neque mirum videatur si tam pul-
crè illas conscripserit, cum optimos tam in His-
pania, quam in Italia, quò pulcrè latinitatè
studio ductus iter fecit, sedulo audierit: eorum
percepit vocem, aureos auctores legit, a quibus
præcepta, sicut ab illis sumit dispositionem, ar-
temque grammaticæ, si non perfectissimam in-
tegram tamen inscripserit, ex qua ferè omnem
doctrinam hausserunt tanquam ex fonte, qui
post illum scribere. Certè humanitatè studiosus
pulcrum loquendi modum mirabitur, in repositis
tradendis ordinem, præceptorum claritatem, ac dis-
positionem. Pater Vargas etiam, de quo paulo ante
meministi, statim aures auctorum observatorem fuisse
se ostendit eximium in sua Elucidata Gramma-
tica, ubi claritas præcipue fulget, Latinarumque
dictionum ordo tranjectus, et eorum accurato.

7.
proprietas micat. Hæc est, quam magis Philosophi-
cam artem inveni: quamque ob locutionis pu-
ritatem, ob præceptorum firmitatem, et ordinem
quisque Latinitatis studiosus legere debet.

Nec hujus laudis jure privandus fructu
videtur egregius scriptor Heinæus, in cujus stili
cultioris fundamentis magnum puritatis exem-
plar inveniet, qui probe sciat, in quo potissimum
imitatur latinæ facunditas: proprietas in terminis,
eorum copia, perfecta dispositio jucundum reddit
sermonem stilo simplici gaudentem, et præcepta,
quæ nuda ornata duriora viderentur, dictationis
venustate dulciora reddit. Martianus denique Maro-
nis Remydos commentator non doctrinæ solum spe-
ciem præbet, quæ magna est quidem; sed latinæ
etiam sermonis venustatem, quæ procul dubio est
maxima, complectitur. Qui omnes mihi videtur,
pluresque alii facundiam imitari potuerunt,
nonque penitus amitti linguam latinam studiu-
se: inter quos Ludovicus Biver colloquiorum
Latinæ linguæ exercitium dictorum auctor ti-
ronibus, quorum utilitati scripsit, pulchritudinem,
et puritatem maximam facere ostendit, insig-
nem terminorum copiam, phrasis diserta dilu-
cida exemplaria. Pene est incredibile post la-
tinæ linguæ facturam existere unum, qui

puritatem, claritatem, jucunditatem, doctrinam, et
venustatem indivulibili adstrinxerit vinculo, quod
in predictis fuit assecutus colloquiis huiusmodi
auctor. Non illa stili sublimis tanta, tamque mag-
nifica, quae in suis Licero predictis orationibus, et
Virgilius in primo, quarto, et sexto Aeneidos li-
bris exempla continent, invenienda; bene tamen
transjecta constructiones non multo Liceronia-
nis inferiores, et mira continentur proprietates:
si quae illius orationis character in aliis scriptis
aliquanto durus fuit, non ita in hoc, simplicita-
tem enim pro se tulit, atque decorem. Placuit
igitur in illis suis, et futurorum saeculorum sapienti-
bus, cum ipse certissime quidem sapiens fuerit ap-
pelatus septem, et viginti annorum aetate vigen-
sit nam Erasmus cuidam scribens amico, "vives
"postea in mansuetoribus litteris sic versatur, ut hoc
"saeculo vix alium norim, quem auisim cum illo
"committere". Quanam ratione, cuius erit rogandum, pre-
dicti scriptores, ac ceteri, quos praetermitto tanto commen-
dationis laurea digni efficiuntur? cui respondendum,
quia in Licero valde placuit, quia placuit Livius, quia
placuerunt cuncti aevi auctores, quia eos
fuerunt imitati, quia verba, quia phrasae, quia totam
orationis usum ab illis petivere: postremo quia iux-
ta illorum regulas, et ipsorum auctoritate nisi scrip-
serunt. Ite ratione veteribus auctoribus omnino confes-
re? illorum similes facere licebit? micat in eis eadem
fecundia? Nequaquam, et in his, quae sequuntur cau-
sam agnoscentes.

Illa, quam supra diximus, latini sermonis
 felicitas predictos sui auctores, et Julium Caesarem
 litterarum tutorem in aeternum insignes efficiet; pau-
 lo post licet colapsa subito ruit, neque post ipsius Caesaris
 necem tam pulchra proferebatur; quin potius, cum nec
 quies adeo studiosis necessaria, nec coronae digna erudi-
 tis viris praemia, nec aemulatio in scientiis adeo profu-
 tura; quinimo maximam experiri coeperit jacturam
 Eloquentia in ipsius parentis acerba mortis puncto, et
 sent, veloci ad occasum vergere curam cepit. Magno o-
 bruto interfecto in curia Caesare, qui orbis terrarum
 sibi imperium exoptabant, caput extulerunt: hinc par-
 tes, hinc orta invidia orbis otium vexare coeperunt.
 Regni avidis Licero obstabat, ejusque fugientis caput
 a corpore cum dextra divinum feris offertur trium-
 viris: quae tam multorum salutem lingua servave-
 rat, accu compungitur. In primis in latinam pul-
 critudinem ictus, cuique jam desueto mederi nequi-
 vit quisquam, cum postea Populi Romani res gestas
 enarrare Livius desivit, cum Cornelius Nepos excelen-
 tium Imperatorum vita finem imposuit, cum denique
 cuncti vocem preserunt. Caesaris necem turbinibus
 secutis Galli, Barbari, Gotti et alii Romano incu-
 buere Imperio, ejusque ruina latina censit lin-
 gua tam multis aliis obesa, atque Italica, Hispan-
 na, Galica, Lusitanicaque nomen tribuit. Abiit ergo
 tam nobilis, tam dulcis, tam venusta latina lingua
 proprietate ad usque tempora, in quibus jam rebus
 quodam tranquillatis modo, surrexerunt viri stu-
 diosi, qui ex ruinis scripta auferentes, linguam
 excolere mortuam studuerunt, veterem illi formam

tribuere cupientes: quod aequi facinus non potuere, qui-
dam licet, ut antea enuntiaui, bellissima scribere.
Nativum illum leporem, illam penè natam venustatem,
tam pulchram verborum collocationem, tam sententia-
rum acutam exquisitionem, tam ad movendum vi-
riles, tam ad docendum jucundas, tam rectè ad delec-
tandum ordinatas voces, ita demum ductam oratio-
nem, ut nativa non exquisita videretur, nostris
imitari non datum scriptoribus: aliquod Magistrum
inter, et discipulos discrimen esse debet.

Tres ergo ab una orta differentia nostri temporis
inter scriptores, aureique sæculi auctores inve-
niuntur, si fallor. Excellentissime Domine: prima
in eo sita esse videtur: nostros scriptores esse tan-
tam custodes lingue latine, quam illi inven-
runt, ut inquit Seneca: secunda, priscos aucto-
res liberrimè usaque tantum auctoritate mixtos,
nostros verò juxta illorum præcepta, et usum lo-
qui: tertia, non eandem nostrorum scriptis inesse
facundiam, ac illorum.

Ecce quod ex libris a me visis intellexi,
jamque, cum tam parvum exceperim fructum, ex
illo, quam initio vobis coram fui professus, ^{causa} cogno-
visti. Nunc quascumque in hac inventas disser-
tatione litteras remittatis benignè, quæso: et meum
optimis proficiendi artibus studium boni consulatis.
Valete, et parcite.

Vestros humiliter osculatur pedes immus latina
Grammaticæ Proceptorum = Joannes Emmanuel
Placentia, prid. Kal. Sep. 1832. a Leone, et Pover.